



Capítulo 20



La Aventura de Mariátegui

Nuevas Perspectivas

GONZALO PORTOCARRERO - EDUARDO CACERES - RAFAEL TAPIA
EDITORES

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995



Primera edición, julio de 1995.

Cubierta: María del Carmen Herrera y Diego Carvalho Herrera

La Aventura de Mariátegui: Nuevas Perspectivas

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel. Lima, Perú. Tlfs. 462-6390, 462-2540 Anexo 220.

Derechos Reservados

ISBN 84 - 8390 - 980 - 4

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

MARIÁTEGUI Y EL ROL DE LOS TRABAJADORES

Denis Sulmont

El interés de José Carlos Mariátegui por los trabajadores ha sido muy concreto: compartió con ellos sus reflexiones sobre la escena mundial en la Universidad Popular, apoyó sus demandas, propició la unidad sindical; desde Lima, atendió a los mineros de la sierra central y a los azucareros de la costa norte; publicó *Labor*; creó la CGTP en 1929.

Mariátegui veía en el «proletariado moderno» el sujeto y la fuerza social de la transformación histórica de su tiempo. Subrayó la importancia estratégica de los núcleos obreros surgidos a partir de la expansión del capitalismo en el país. Pero también llamó la atención sobre los lazos de muchos de ellos con el mundo indígena. También prestó atención a las formas de explotación serviles de los trabajadores en la haciendas. Entendió que en el Perú el «factor clasista» se combina con el «factor indígena».

La valoración de esta combinación entre lo clasista y lo indígena fue uno de los puntos fundamentales de discrepancia de José Carlos Mariátegui con Victor Raúl Haya de la Torre en una etapa crucial de organización de lo que iban a ser las principales opciones políticas del pueblo peruano. En este debate, la posición de Mariátegui no fue obrerista; nunca pretendió que «sólo la clase obrera salvará el Perú». Lo que buscaba era fundar un movimiento socialista enraizado en la realidad indígena de las masas populares del campo y de la ciudad, donde los trabajadores deberían jugar un rol clave. Su punto de vista se sustentaba en una manera distinta de enfocar la lucha por el poder.

Los breves comentarios que siguen apuntan a precisar los términos de aquel debate.

HAYA DE LA TORRE Y LAS DEBILIDADES DE LAS CLASES DEL CAPITALISMO

En *El Anti-imperialismo y el Apra* (1928), el joven Haya de la Torre analizó las consecuencias de la penetración imperialista sobre la evolución de la estructura económica y de las clases sociales, priorizando el problema nacional.

« Sin abandonar el principio clasista como punto de partida de la lucha contra el imperialismo, consideramos cuestión fundamental la comprensión exacta de las diversas etapas históricas de la lucha de clases y del momento que ella vive en nuestros pueblos. No desconocemos, pues, los antagonismos de clase dentro del conjunto social indoamericano, pero planteamos en primer término la tesis del peligro mayor, que es elemental a toda estrategia defensiva. El peligro mayor para nuestros pueblos es el imperialismo»¹.

Partiendo de la tesis del carácter progresista del capitalismo en tanto representa un modo de producción y organización económica superior a todos los anteriores, Haya de la Torre apuntaba al desarrollo de un capitalismo nacional capaz de superar a la sociedad atrasada semi-colonial. En esta perspectiva, definía el papel político de las clases sociales.

Como consecuencia del carácter incipiente del capitalismo en el país, Haya de la Torre remarcó las limitaciones de la burguesía y del proletariado y veía en las clases medias los sectores sociales decisivos para la lucha nacional. Tales clases medias (entendidas como el conjunto de pequeños y medianos propietarios agrícolas, comerciantes e industriales, profesionales y empleados del Estado, y «tra-

1 Ver en las *Obras Completas* de Haya de la Torre, tomo IV, p. 151.

bajadores intelectuales» en general) son las que pugnan por afirmar sus intereses económicos e influencia política en permanente confrontación con el poder oligárquico e imperialista, constituyendo por lo tanto las bases de una futura burguesía nacional, es decir el actor social central de la presente etapa histórica; las demás clases dominadas debían apoyarlas.

Para sustentar el rol restringido del proletariado en el proceso político, Haya de la Torre partía de dos constataciones principales: primero, la juventud de la clase obrera², es decir el carácter incipiente de su desarrollo; en segundo lugar, su situación relativamente privilegiada y, en consecuencia, su inclinación a defender ventajas inmediatas y no los intereses nacionales (esta tesis es retomada en la «teoría de la pirámide» de Alan García en 1985). La siguiente cita reúne los principales argumentos:

«Es necesario, pues, anotar que la clase que primero sufre con el empuje del imperialismo capitalista en nuestros países no es la incipiente clase obrera, ni la clase campesina pobre o indígena. El obrero de la pequeña industria y el artesano independiente, al ser captado por una nueva forma de producción con grandes capitales, reciben un salario seguro y más alto, devienen temporalmente mejorados, se incorporan con cierta ventaja a la categoría de proletariado industrial. Venden su trabajo en condiciones más provechosas. Así ocurre también con el campesinado pobre, con el peón y con el siervo indígena. Al proletarizarse dentro de una gran empresa manufacturera, minera o agrícola, disfrutan casi siempre de un bienestar temporal. Cambian su miserable salario de centavos o de especies, por uno más elevado, que paga el amo extranjero más poderoso y rico que el amo nacional. (...) El proletariado industrial que va formándose, es, pues, una clase nueva, joven, débil,

2 Haya de la Torre escribe por ejemplo: «Nosotros no somos un pueblo industrial; consiguientemente, la clase proletaria de la naciente industria es joven (...). Un niño vive, un niño siente dolor, un niño protesta por el dolor; sin embargo no está capacitado para dirigirse a sí mismo» (*Política Aprista*).

fascinada por ventajas inmediatas, cuya conciencia colectiva sólo aparece al confrontar más tarde el rigor implacable de la explotación dentro del nuevo sistema»³.

No obstante la insistencia sobre las limitaciones del proletariado como clase, Haya de la Torre considera que éste tiene un rol en la lucha contra el imperialismo y el feudalismo; encontramos reiteradas afirmaciones en este sentido en *El anti-imperialismo y el APRA*:

«La lucha contra el imperialismo está ligada a la lucha contra el feudalismo, vale decir, a la previa emancipación económica y cultural del campesino. En esta lucha el obrero interviene, contribuye, toma las armas para alcanzar posiciones de predominio, imponiendo sus derechos de organización, de educación, de reunión, de huelga, de participación progresiva en el usufructo de las industrias estatizadas. Usa en su beneficio todas las conquistas políticas dentro de la democracia funcional y deviene, por intermedio del Partido en el poder, una de las clases directoras del Estado Antiimperialista. La contribución decidida del proletariado a la extinción del feudalismo y a la lucha contra el imperialismo y por la liberación nacional, le abre una nueva etapa de desarrollo, y de afirmación y de progreso clasista»⁴.

Cabe señalar que los planteamientos señalados se refieren sobre todo al joven Haya de la Torre que sin duda cumplió un papel precursor en el desarrollo del pensamiento reformista radical y nacional popular peruano. Sin embargo, la evolución política del Partido Aprista lo llevó a divorciarse de las nuevas corrientes reformistas: entre 1956 y 1968, este partido estuvo comprometido con una política de «convivencia» con la derecha pro-oligárquica, limitándose a negociar con ella una gradual modernización económica y social dentro del marco liberal criollo; a partir de 1968, se opuso al

3 *Ibid.*, p. 32.

4 *Ibid.*, p. 156.

régimen militar velasquista, no obstante la similitud entre las reformas estructurales implementadas con sus reclamos históricos.

La explicación fundamental del carácter sinuoso y contradictorio de la práctica política del APRA reside en sustentar un frente popular nacional y un proyecto de desarrollo capitalista autónomo a partir de los sectores medios, sin poder contar con una burguesía nacional, ni llegar a consolidarla. La dirección del Apra tuvo que responder a una estrategia de intermediación política de intereses sociales heterogéneos, carentes de una capacidad de acumulación propia y fuertemente dependientes de sus lazos con los grupos de poder hegemónicos y el Estado. De allí que, tras la unidad y la mística partidaria propiciada por el liderazgo carismático de Haya de la Torre, el APRA ha reunido y sigue reuniendo en su seno una diversidad de corrientes.

MARIÁTEGUI Y LA IMPORTANCIA DEL FACTOR CLASISTA

Mariátegui, a diferencia de Haya de la Torre, consideraba decisivo el «factor clasista» introducido por la expansión del capital imperialista en el Perú, vale decir el surgimiento de un proletariado obrero capaz de asignar un contenido socialista a la reivindicación nacional de las clases explotadas del país; además, veía una relación entre los obreros y las masas campesinas, tanto por sus lazos étnico-culturales, como por la convergencia de sus intereses. Por ello, asumió la tarea de impulsar una organización sindical y política de los trabajadores, basada en el proletariado y la alianza obrero-campesina. Es en esta etapa que se constituye el Partido Socialista Peruano y la Central General de Trabajadores del Perú (en 1928 y 1929, respectivamente).

No vamos a detenernos aquí en la interpretación de Mariátegui sobre la «realidad nacional» y sus clases sociales, ampliamente conocida⁵. Cabe resaltar sin embargo dos aspectos importantes de los

5 Ver en particular: «Esquema de la evolución económica» (en *Siete Ensayos...*,

planteamientos suyos. El primero es una marcada desconfianza en el papel de las clases medias; estas son vistas como «sensibles al prestigio de los mitos nacionalistas», pero inestables e incapaces de constituirse en clase empresarial y capitalista nacional; su situación corresponde a la de «países de pauperismo español», donde la pequeña burguesía, por sus arraigados prejuicios de decencia, se resiste a la proletarianización; (...) donde imperan la empleomanía, el recurso al pequeño puesto del Estado, la caza del sueldo y del puesto 'decente'...» («Punto de vista anti-imperialista»). El segundo aspecto, es una insistencia constante en la relación entre obreros, campesinos y masa indígena. Mariátegui se cuida de no hablar mucho de «clase obrera» en su análisis concreto de las clases nacionales. Prefiere hablar de «clase trabajadora». En una polémica con Luis Alberto Sanchez, Mariátegui escribe:

«El socialismo ordena y define las reivindicaciones de las masas, de la clase trabajadora. Y en el Perú, las masas - la clase trabajadora - son en sus cuatro quintas partes indígenas. Nuestro socialismo no sería, pues, peruano, -ni siquiera socialismo- si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indígenas»⁶.

Por este tipo de planteamiento, Mariátegui fue acusado de «populista» por los dirigentes de la Tercera Internacional.

LOS TRABAJADORES Y LA LUCHA POR EL PODER POPULAR

Como señala Alberto Flores Galindo, la discrepancia esencial entre Haya y Mariátegui se refiere a la concepción de la lucha por el poder del pueblo:

1928); «El problema de las razas en la América Latina»; «Punto de vista anti-imperialista» y «Antecedentes y desarrollo de la acción clasista» (estos tres últimos textos son de 1929; se encuentran en *Ideología y Política*, Ed. Amauta).

6 «Indigenismo y Socialismo» en *Mundial*, 1927.

«Para Haya, el camino es claro: la organización, la disciplina que impone el partido y, por encima de éste, la actuación de un líder, un conductor que reúne en su persona dos rasgos indispensables: de un lado, el conocimiento de la 'ciencia revolucionaria' y, de otro, mesianismo y prestigio. (...) Haya incorporaba a su discurso ciertos elementos vertebrales del país. Pretendía estar enfrentado frontalmente contra la sociedad oligárquica, sin saber que la estaba reproduciendo. Esa visión autoritaria de la revolución no es un invento suyo, ni consecuencia de su experiencia europea o de algún texto leninista. Por el contrario, en el Perú existía una antigua tradición que podía remontarse a las jerarquías coloniales o a la antigüedad del Estado en el espacio andino. (...) Frente a la imagen jacobina de la revolución, Mariátegui contrapone la concepción del mito: frente a la ciencia y la organización, la fe y la voluntad colectiva. (...) El marxismo, entendido como el mito de nuestro tiempo, equivalía a una apuesta por la revolución como acto colectivo, como creación de las masas, como traducción de sus impulsos y sus pasiones. Los trabajadores eran los verdaderos protagonistas»⁷.

La diferencia de concepción relevada por Flores Galindo resulta fundamental; y se enlaza con los distintas formas de articular las clases populares y de constituir las como bloque político. La concepción de Haya se traduce en una movilización subordinada de los trabajadores de corte «populista», que implica un doble sometimiento político: al liderazgo de los sectores medios supuestamente portadores del proyecto de afirmación nacional, y a la dirección vertical y carismática dentro del aparato partidario. La concepción de Mariátegui se apoya en un proceso progresivo y constante de organización y educación política desde las propias bases populares, que incluye la organización partidaria y coloca como eje de la misma a los propios sujetos obreros y campesinos.

7 Alberto Flores Galindo, *Tiempo de plagas*, Lima, Caballo Rojo editores, 1988, p. 69.

Estas diferentes maneras de concebir y vivir la política en el campo popular también atraviezan las prácticas de quienes se reclaman de la opción de Mariátegui.

Justamente, una de las razones de la temprana frustración del proyecto mariateguista se encuentra en el tipo de dirección que Eudocio Ravines imprimió al Partido Comunista, fundado a partir del Partido Socialista luego de la muerte de Mariátegui (1930): en base a consideraciones de estrategia mundial, e impuestas desde fuera por la Tercera Internacional, adoptó una línea táctica insurreccionalista, bajo el supuesto de que la revolución se encontraba «a la vuelta de la esquina», propiciando un estilo autoritario y burocrático de relación con las bases partidarias. Al fracasar esta línea, y luego de una cruenta represión, la dirección viró hacia una alianza con la derecha, manteniendo el mismo sesgo en su relación con las bases.

A lo anterior hay que añadir la incapacidad de la dirección política de la Tercera Internacional y de Ravines de situar adecuadamente el rol de la clase obrera en relación al problema nacional. Todo ello contribuyó a la casi liquidación de la incipiente organización clasista de los obreros peruanos, dejando el espacio libre al predominio aprista en el movimiento sindical entre los años treinta y cincuenta.

Cabe remarcar que la temprana derrota del movimiento socialista ideado por Mariátegui tuvo como condición previa el aplastamiento sangriento -requerido por el capital imperialista- de los sectores estratégicos del proletariado: los mineros, los cañeros y los petroleros (masacres en Malpaso en 1930, y en las haciendas azucareras y los campamentos de Talara en 1931).

LA MORAL DE PRODUCTORES

En el centro de la reflexión de Mariátegui sobre el rol de los trabajadores, hay un tema que resulta de gran actualidad hoy día: el referido a «la moral de productores». En cierto modo, este concepto resume su concepción del socialismo y el sentido de la lucha de los trabajadores.

Mariátegui habla de moral de productores para subrayar la idea que la lucha por el socialismo tiene un profundo sentido ético, que se enraiza en la actividad exigente del trabajo. No surge del mero interés económico, sino de un espíritu creador y de una voluntad transformadora.

En «Ética y Socialismo», escribe:

«La función ética del socialismo (...) debe ser buscada, no en grandilocuentes decálogos, ni en especulaciones filosóficas (...) sino en la creación de una moral de productores por el propio proceso de la lucha anticapitalista»⁸.

En este mismo artículo, Mariátegui recoge las reflexiones de Gobetti sobre el significado del trabajo fabril:

«He aquí la más perfecta escuela de orgullo y humildad. (...) Quien vive en un fábrica, tiene la dignidad del trabajo, el hábito al sacrificio y a la fatiga. Un ritmo de vida que funda severamente en él sentido de tolerancia e interdependencia, que habitúa a la puntualidad, al rigor, a la continuidad»⁹.

Es en el duro terreno de la producción donde los trabajadores pueden adquirir la capacidad de transformar la sociedad. Así lo explicita Mariátegui en el artículo «Sentido heroico y creador del Socialismo»:

«En la lucha de clases, donde residen todos los elementos de lo sublime y lo heroico de su ascensión, el proletariado debe elevarse a una 'moral de productor' (...). El proletariado no ingresa en la historia políticamente sino como clase social; en el instante que descubre su misión de edificar, con los elementos allegados por el esfuerzo humano, moral o amoral, justo o in-

8 J.C. Mariátegui, *Defensa del Marxismo*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1974, p. 57.

9 *Ibid.*, p. 61.

justo, un orden social superior. Y esta capacidad no ha arribado de milagro. La adquiere situándose en el terreno de la producción. Su moral de clase depende de la energía con que opera en este terreno y de la amplitud con que conozca y domine la economía burguesa»¹⁰.

En su «Mensaje al Segundo Congreso Obrero» en 1927, Mariátegui concluía con estas líneas que muchos militantes de izquierda han recordado:

«(...) es necesario dar al proletariado de vanguardia, al mismo tiempo que un sentido realista de la historia, una voluntad heroica de creación y de realización. (...) Un proletariado sin más ideal que la reducción de las horas de trabajo y el aumento de los centavos del salario, no será nunca capaz de una gran empresa histórica»¹¹.

IMAGINANDO MARIÁTEGUI ANTE EL MUNDO DEL TRABAJO HOY

A modo de conclusión, quisiera imaginar la postura de Mariátegui respecto al rol de los trabajadores si hubiera podido seguir viviendo hasta nuestros días.

Ante todo, pienso que ya hace tiempo hubiera criticado con fuerza la concepción «esencialista» de la clase obrera asumida por las corrientes marxistas dogmáticas y los partidos y regímenes del socialismo real. Sin dejar de valorar el mito como fuerza movilizadora, habría hecho público su rechazo a toda ideología totalizante que termina aplastando a los sujetos reales e imponiendo el autoritarismo. Mariátegui reivindicaría una renovación del enfoque de las clases sociales y del estado, poniendo el énfasis en la radicalización

10 *Ibid.*, p. 73.

11 J. C. Mariátegui, *Ideología y Política*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1988, p. 116.

de la democracia como forma de lucha por el poder en vista al socialismo.

En segundo lugar, seguiría priorizando las aspiraciones de la población campesina y popular urbana. Creo que reconocería la importancia de los sectores empresariales y profesionales identificados con el futuro del país, pero mantendría una desconfianza en las llamadas clases medias en general como cabeza de la movilización política nacional.

En tercer lugar, resaltaría la vigencia de la confrontación capital-trabajo, analizando la actual mundialización de la economía y el impacto de la competencia y del progreso económico sobre el mundo de trabajo. Llamaría la atención sobre la flexibilización, descentralización y precarización de las relaciones laborales. Sin duda denunciaría la ofensiva neo-liberal contra los derechos conquistados por los trabajadores, buscando formas de hacer frente a ella. Continuaría luchando por un mundo donde el trabajo asalariado deje de ser objeto de alienación y donde los sujetos del trabajo puedan orientar y asumir creativamente la producción.

Finalmente, entendería que la resistencia de los sujetos sociales al dominio del capitalismo se sitúa hoy día en terrenos de intervención mucho más amplios y diversificados. Junto a la producción industrial de bienes materiales, valoraría la importancia de la información y los medios de comunicación, la producción de conocimientos científicos y tecnológicos, la educación, las industrias culturales, la preservación del medio ambiente. Mariátegui estaría seguramente fascinado con los nuevos campos de lucha social abiertos y por la diversidad de los sujetos llamados a intervenir en ellos.